

Volumen II

Mayo 11 de 1898

Núm. XVIII

# REVISTA DE QUITO

SEMENARIO DE POLITICA,  
LITERATURA, NOTICIAS Y VARIEDADES

DIRECTOR:

MANUEL J. CALLE

CONTENIDO:

I—Cartas ecuatorianas.—II—Verdadero Evangelio del pueblo.—III—El Casus belli del Clero Azuayo.—IV—Lima.—V—Pequeñas narraciones.—VI—La Semana.

QUITO—ECUADOR

IMPRENTA DE "EL PICHINCHA"

1898

# “REVISTA DE QUITO”

Este periódico se publicará semanalmente en folletos de 32 á 40 páginas cada uno.

Se canjea con los periódicos nacionales y revistas extranjeras.

No admite más colaboración que la que solicite.

No se atenderá ningún pedido si no se adelanta el valor respectivo.

Recibe avisos en la carátula á precios convencionales.

## SUSCRIPCION

Por un mes.....	\$ 1.00
Número suelto.....	„ .30

Para todo lo relativo á colaboración y correspondencia, dirigirse á

**Manuel J. Calle**

**QUITO—(ECUADOR)**

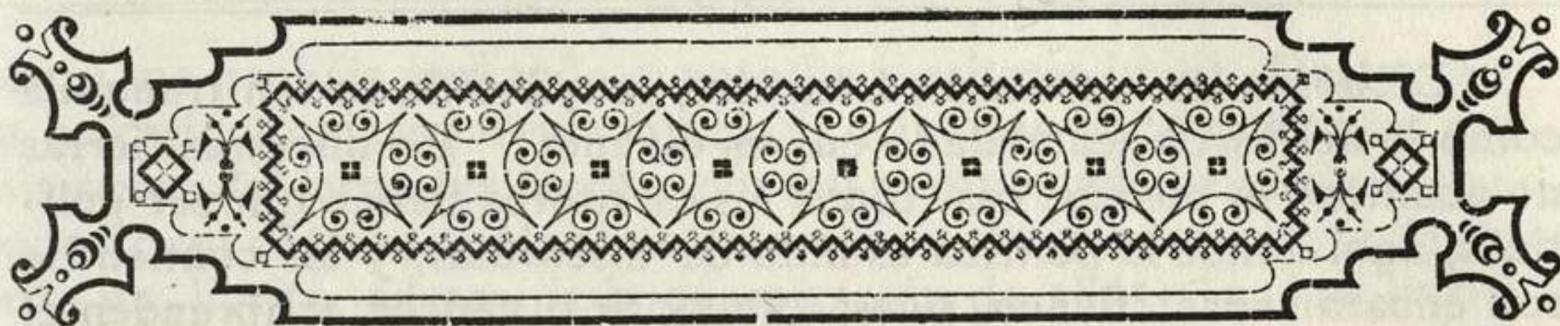
*Casilla del Correo N° 68*

## Centros de suscripción y venta en Quito

En esta Imprenta. — Establecimientos de los Sres. **Ramón F. Moya y José C. Borbúa.**

ADMINISTRADOR

**Sr. D. Ramón A. Carrillo.**



# REVISTA DE QUITO

~~~~~  
Volumen II—Quito, 11 de Mayo de 1898—Núm. XVIII  
~~~~~

## CARTAS ECUATORIANAS

—

IV

Señor Director de la "Revista de Quito".

Portoviejo, Febrero 20 de 1898.

Escritores.

Empecemos por citar algunas frases del último discurso del P. Didón. Parece que al principio se estrella contra los escritores, pues dice:

"El que no es capaz de sufrir y mirar de frente el peligro, puede ser escritor . . . . pero uno de esos hombres de vida práctica, en que la lucha es de todas las horas y el peligro frecuente como la lucha, jamás".

Dichosos los escritores franceses, cuya vida es tan tranquila como la del turco acaudalado en sus divanes! En nuestras tierras no acontece lo mismo: casi todos los escritores tienen que ser políticos, aquí donde la política es nido de discordias, y las contiendas son encarnizadas: tienen, pues, que morir ó vencer, y aprenden el sufrimiento y acuden á la energía lo mismo que si fueran soldados. Cierto es que no todos los escritores ecuatorianos son como Juan Montalvo; de lucha, perseverantes, impertérritos; no todos corren peligro de destierros y prisiones. Por otra parte, no venden sus libros, porque no todos los ecuatorianos saben leer, y no todos los que leen conocen que la lectura puede serles provechosa. De ahí proviene que los escritores tienen con frecuencia que cambiar de ocupación, y por consiguiente son muy pocos los que sobresalen en el arte de escribir. Y no habrá alguna segunda intención en la inquina del P. Didón contra los escritores de su patria? Baste recordar que es sacerdote, y cómo ha puesto la imprenta al sacerdocio en el haz de la tierra. Mas abajo se corrige y exclama:

“No temáis que la progenie de escritores, oradores, artistas, obreros del ideal y del pensamiento abstracto, se esterilice en nuestra patria. Aquellos á quienes devora una llama divina se impondrán siempre y germinarán espontáneamente en esta tierra, cuya raza ha quedado tal como la caracterizó Tácito: hábil para manejar las dos cuchillas, la de las batallas y la del espíritu. En cuanto á los mediocres, cuál sería el mal si se hicieran raros? ¿No se escardan en un jardín bien cuidado las plantas sin gracia ni aroma, para no dejar crecer sino las plantas útiles y bellas, las rosas embalsamadas, los altivos claveles, las dalias azules? Qué perderíamos si esos mediocres, renunciando á la palabra vana, escrita ó hablada, se aplicasen útilmente á la acción necesaria, aprendiendo, al fin, que el oficio más humilde no tiene nada de deshonesto, y que el obrero que fabrica buen calzado vale más que el llamado escritor que compone malos versos ó prosa vulgar? Fabricando buenos zapatos para el ejército, se contribuye á ganar batallas; alineando palabras sonoras, se divierte á la multitud; y eso es todo, es decir, no es nada”.

¿Comprenden los ecuatorianos hasta qué punto nos son aplicables estas reflexiones? Poetas que no somos lo que Tirteo ó Quintana, novelistas que no somos como Víctor Hugo ó Emilio Zola, dramaturgos que no nos asemejamos á Shakespeare, periodistas que no sobresalimos por la verdad y la justicia, folletistas insultadores de oficio, articulistas que no somos agua ni pescado, historiadores á quienes nos falta el estro de Gibbon, los que las echamos de sabios y no podemos rivalizar con Darwin ó Buckner, dejemos la pluma á un lado y consideremos si hay ó no utilidad en nuestras obras. Por lo que respecta á mí, ofrezco, señores, dejar de escri-

bir, si me probáis que todo cuanto he escrito es inútil. Hasta ahora he creído, quizás no con fatuidad, más aun humildemente, que mis obras debieron ser escritas por mí, porque nadie se hubiera ocupado en mi defensa. Montalvo me refirió, hace años, que tenía escrito un librito acerca de la conspiración de 1875: qué se ha hecho? Desde este momento es otra cosa, y mi nombre se perderá, sin duda, en las sombras. Ya no ambiciono celebridad, os juro: no quiero sino que nadie me odie injustamente, que se me dé razón por mis vehemencias. Me confundo, como es natural, con los escritorzuelos, y empiezo mi diatriba contra ellos, pues abundamos.

En mi patria he oído que para medir la civilización de un pueblo, el mejor termómetro es su literatura. Esta opinión es necia: Homero escribió cuando la civilización estaba en ciernes, Ossian en un pueblo bárbaro, Dante cuando barbarizaba el clero, y así otros mil. El Ecuador deberá ser muy civilizado porque Olmedo y Montalvo han alcanzado á sentarse entre los buenos? Y entre los discípulos de éstos hay también buenos escritores, aunque les falta la verdad, el vigor, la honradez, la consagración, el carácter de aquéllos. Montalvo fué hombre de carácter, experimentó la *llama divina*, se propuso sobresalir en las letras, estudió, aprendió, meditó, se opuso á viento y marea, y no se ocupó sino en escribir, á pesar de tentaciones y obstáculos. Es super-eminente, no hay duda; pero su patria se ha quedado atrás.

El cubano D. Emilio Bobadilla, quien, desde "La Estrella de Panamá" está tirando de las orejas á los poetillas latino-americanos, ofrece criticar los "Siete Tratados" de Montalvo. Fray Candil no es un tal Pérez y Soto, y su obra será un servicio al Ecuador. Es de ver como Fray Candil se esparce cuando escucha los suspiros del vate de Sonsonate, las lamentaciones de Leonidas *Becquer* y los truenos y rimbombos de mi amigo Chocano. Si estos poetas son jóvenes, razón más para que la corrección sea oportuna. Día llegará en nuestras naciones en que todo el mundo dé las gracias á ese fraile entrometido. Y acaso porque critica á muchachos no ha de ser competente para criticar á Montalvo? Y será un servicio al Ecuador, porque Montalvo dejó muchos discípulos, y todos ellos habemos menester de justas advertencias. Perdóneme una observación el Reverendo Padre Maestro Fray Candil: ¿pareceme descubrir cierta influencia de las "Catilinarias" y otros escritos de Montalvo en los muy buenos artículos que su reverencia está publicando en "La Estrella"? Sea vanidad, locura ó tontería, los ecuatorianos tenemos la idea de que alguna fuerza moral ha de ejercer, con el tiempo, en la literatura de la madre patria la potencia de un escritor tenido por César Cartú como "honra de su patria y del género humano". Y nótese que este calificativo fué el mismo que dió á Cervantes el escritor inglés Mr. Bowle.

En general hay en el Ecuador dos clases de escritores, no considerados como artistas, sino por su influencia social: los venales y los escritores sinceros, ó en otros términos, los acomodaticios y los incorruptibles. Los primeros son los que elogiaron á los Gobiernos pasados, y ahora bendicen su caída, acomodados en el actual orden político. Ciertamente que tienen una disculpa, la de que antes no conocieron la verdad. Mas entonces para qué escriben actualmente y sin confesar sus antiguos extravíos? Esto nos parece desvergüenza; y lo mejor es que entierren la pluma con que elogian ó insultan, y se dediquen á . . . fabricar plumas y venderlas. Esos podrán ser hasta Fulton ó Edison; Macaulay ó Hipólito Taine, jamás. Leo Taxil ha sido el maestro de esta clase de escritores, Leo Taxil, el Juan José Flores de las letras. Leo Taxil fué alumno de jesuitas, creció y se vendió de libre pensador: en México escribió blasfemias, injurió hasta á Jesucristo y la Virgen; pasó después á Francia, se arrodilló á los pies del Papa, desde entonces giró sobre su eje, y ha publicado volúmenes en contra del Partido Liberal. No há muchos meses pronunciaba un discurso en París, y como le rechiflase el auditorio: "Imbéciles, dijo: me he burlado de la humanidad años enteros, y todo cuanto he escrito ha sido en obediencia al desprecio que he abrigado por vosotros". Puede haber cinismo igual? La policía le libertó de ser despedazado por el pueblo.

En el Ecuador los Leo Taxil han conseguido hasta empleos diplomáticos. Y con razón, porque han probado que son . . . muy hábiles.

Y no los que insultaron á uno ayer, y hoy le están elogiando por dinero, los que cambian de partidos políticos por alcanzar acomodo, excepto los que sinceramente se convencen de que en una de esas épocas erraron, son los únicos escritores que han perdido la vergüenza: hablo, de los que la han perdido por haber vegetado en una atmósfera mefítica, por haberse vuelto buhoneros de ideas, ó corredores, como los que andan de almacén en almacén, con mejores derechos, sin duda, que aquellos escritorzuelos degradados. Quizás éstos abundan más que los rábulas, y son de los que se quejan porque la profesión no les produce. El mercantilismo reina en el mundo, dicen: por qué si uno vende drogas, nosotros no hemos de vender ideas? Y cómo serán las ideas producidas para esta clase de comercio? Oh jóvenes, derecho hay para que uno disfrute de su estudio é ingenio, y en el deber están los otros de pagarlos; pero cómo habéis de vender embustes, y por qué los demás han de pagar lisonjas infundadas, ultrajes inmotivados, halagos de preocupaciones parciales, apologías de crímenes ó vicios? Considerad que estáis remontados en la imprenta, que habláis á todos los contemporáneos y también á las generacio-

nes futuras. Como no hubo decoro en los sistemas de gobierno anteriores, la mayoría se persuadió de que el pundonor es candidez. Apenas ha corrido un día, y la generación presente es la misma de Antonio Flores y Caamaño. La enfermedad viene de muy atrás, sin embargo.

Un sonámbulo de la *reina de los Andes*, (1) (esta es la modestia *curuchupa*: hipérboles) llama gusanos destructores á los liberales residentes en la reina susodicha. (Residir en una reina, figura retórica), gusanos en comparación con los prohombres que fueron, á saber: ese que ciñe espada, Juan José Flores, el mulatito de Portocabello, quien está reservando un asiento (como si fuera de él) para su hijo querido (el Isidorito): 2º el imponente, altivo, arrogante, majestuoso, *respetible*, señoril García el Grande, que á pesar de su majestad y más atributos de monarca, *está sollozando amargamente*. No lejos de ellos está Rocafuerte, quien, aunque de mirada profunda, poco caso hace de los acontecimientos que *hoy se desarrollan*. De visita ha venido el *simpático* Bolívar, y todos ellos se pasean en el cráter del Pichincha (es ó no poesía esta invención?) La honradez de García el Grande ha volado lejos de él, por lo cual el arrogante *solloza amargamente* buscándola. Si la luz del inflexible destino no le detuviera, el titán *escalara* el monte, y, NUEVO Jesús, echaría á *foetazos* (bravo, Mr. Foe!) á los mercaderes del templo de la patria”.

Admirable modo de escribir tienen estos insignes ingenios: por lo que respecta al fondo, harapos; en lo relativo á la forma, *cúchitriles*.

Qué es lo que está demoliendo el partido liberal cuando todo lo que ha hallado ha sido eriazó ó campo lleno de malezas? Cardos, esto es todo, ó en otros términos, pasiones y vicios frailunos. En vez de demoler nada, el partido liberal sigue edificando lo que empezó á edificar Rocafuerte, y los conservadores lo echaron á perder.

Si hubiera vivido García Moreno, “ya la soberbia mole del Chimborazo habría sido saludada por el tibio beso del vapor, y la ciudad de los Shiris habría escuchado el agudo silbido de la locomotora”, dice el poeta.

Entonces sí hubiera sido bueno el contrato con Harmann, y el Ecuador hubiera tenido fuerzas para soportar diez mil ferrocarriles. Ahora, como la empresa es del partido liberal, pésimo tiene que ser cualquier contrato. Si á este extremo llega el odio, qué ha de hacer el partido liberal sino reírse? Como García el Grande todo lo podía, quince años le bastaron para estudiar la línea, y el ferro-

(1) Véase en “El Grito del Pueblo”, del 30 de Enero, un artículo titulado “Vértigo”.

carril hubiera estado construido al día siguiente de muerto. Hermosa es la lógica de los partidarios del constructor de carreteras, en las que gastó lo necesario para la construcción de un ferrocarril de igual extensión que aquellas. ¿No sería mejor que los que escriben de este modo se contrajeran á la zapatería ó sastrería? Si el P. Didón no basta, invocaremos el apoyo del egregio Fray Candil. Padres han dañado á esos jóvenes, padres los deben componer.

Tenemos para nosotros que no hay poetas que pretendan vivir de sus versos, pero sí muchos que no sobresalen, y se empeñan, con todo eso, en quitar el tiempo á los lectores, así como en quitárselo ellos mismos, sin otra esperanza que conseguir una ó dos sonrisas. Publican algunas endechas, oyen que alguno les alaba (de burla), y ahí los tienen ustedes hinchados, criticando á Homero y al Dante; y si sus versos sucesivos son disparatados, y los lectores se ríen de ellos, esta fisga la han de atribuir ellos á envidia. Obra fácil es envanecerse, obra muy difícil conocerse á sí mismo. Escriban versos los ricos, aunque ellos salgan patas arriba, pues en los ricos el *poetismo* no puede ser profesión; pero no los componga el pobre, á menos que no experimente el soplo de Apolo. Entre los conservadores hay más poetas esponjosos que en el partido liberal: proviene de la educación. Entre los poetas conservadores no hay uno que no haya compuesto versos á la Virgen, no hay uno que por ellos no haya recibido premios eclesiásticos. Desearía yo saber si esos suculentos premios les están sirviendo á los poetas para alimentarse toda la vida? Quienes han hechado á perder las inclinaciones de estos jóvenes son los jesuitas y hermanos cristianos, los únicos profesores que en prolongada época ha tenido la juventud ecuatoriana. Los liberales no demolemos, poeta de la reina consabida: lo que hacemos es esforzarnos en que la cabeza de la civilización venga á nosotros, pues que de ella no nos ha venido sino la cola, es decir, caravanas de *frères ignorantins*. Los conservadores de Colombia, á pesar de ser conservadores, no han aprendido jaculatorias, sino que, cuando estuvieron caídos, estudiaron filología y lexicografía, ciencias por las que se distinguen en América. Tampoco los liberales de aquí hemos pasado llorando el cautiverio: testigo nuestro Juan Montalvo. Ojalá aprovechen estos ejemplos al partido conservador ecuatoriano.

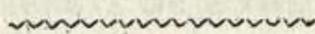
Quizá han sido los periodistas los únicos escritores útiles hasta ahora, con relación á necesidades transitorias, porque rara vez alcanza un periodista á preparar las épocas futuras. Por desgracia son escasos, porque escaso es el número de los que pagan para leer, precisamente porque no todos saben leer. A los periodistas no les exigimos sino verdad y justicia, perfecto conocimiento del asunto de que tratan, y bien puede perdonárseles que no sobresal-

gan en el arte de escribir. Grande fué la influencia del periodismo del Guayas en que la victoria del partido liberal ocurriera en el tiempo en que ocurrió, porque no ocultó la verdad del crimen por el cual el Ecuador se armó de punta en blanco: verdad es que aquella exaltación hubiera venido más tarde, pues no es la civilización entidad que siempre está dormida; pero ¿no vale la economía de tiempo cuando se trata de civilizar á los pueblos? El papel del periodismo fué entonces el de apóstol, y más luego vino á ser el de adalid. Existís, oh nobles amigos de entonces, sois los mismos que escribís ahora en los periódicos? Comprimid esta mano, si tenéis á bien, pues ella no se ha extendido afectuosa sino á los corazones honrados y patriotas. No os arrepintáis de vuestra obra. probable es que experimentéis dolencias; pero ya no conocéis el antídoto, cual es la confianza en lo que viene y el nunca bien elogiado sufrimiento?

No siempre se ve el periodismo en emergencias tan violentas como aquella, pero no por eso deja de ser utilísimo en todas las ocupaciones de la vida: sirve á la agricultura, al comercio; sirve á la moral, á las ciencias; sirve á las artes, á las letras; sirve en el hogar del rico y en el del pobre; sirve para difundir las luces, sirve para corregir los vicios, sirve para castigar al malo. No dije bien cuando dije que no siempre el periodismo servía para preparar los tiempos venideros. Pues cómo no ha de servir, si es útil para todo lo que he dicho? La multitud suele estar pendiente del periódico, de la mañana á la tarde, cuando anhela la solución de algún acaecido, ó la confirmación ó contradicción de una noticia interesante. Sin el periodismo, no nos sería útil ni el cable, y por aquello de que, si todos los hombres se trataran desaparecerían las enemistades, sin el periodismo no se estrecharían tanto los lazos internacionales. Oh, si todos los periodistas fueran probos, si ninguno supiera mentir! La mentira es el peor demonio: ¿quién duda de que seríamos como ángeles, si la mentira fuera ahuyentada del mundo? La humanidad nos inspira lástima cuando la contemplamos víctima de embustes que todavía prevalecen después de series de siglos. Lástima que el periodismo sea negocio, lástima que no todos los periódicos consideren en la buena enseñanza! Por adquirir buen prestigio en pueblos que adolecen de preocupaciones lastimosas, ¿no es cierto que algunos periodistas las halagan, especialmente cuando las preocupaciones son de poderosos? Y el periodismo liberal ha sido siempre el mas útil y, en consecuencia, el más honesto de todos: dimana de que ha prevalecido en la Costa, pues la Costa ha sido siempre liberal, y de ella se ha podido servir á todo el Ecuador. Hay ideas donde hay agitación, y esta no existe en los conventos. Si me ponéis á un exclaustro en el poder, y es persona que no conoce el mundo sino por libros y periód-

dicos, ¿crééis que habéis dado un paso provechoso? Comparad el periodismo del Guayas con el de Quito y Cuenca, por ejemplo: el primero no es el que embrolla y exagera con la hipócrita compunción con que el otro, no desafina la música entonada por la civilización en el mundo; y el segundo es el de las jaculatorias y diatribas, de las jactancias y quejas nocturnas. Un triunfo es la fundación del periodismo liberal en los Andes. Bien ha hecho el Gobierno al dejar que los conservadores se desahogasen. Verdad es que no ha debido prohibirlo. Así están probando que muchos de ellos no pueden valerse de la pluma, y que tendrán que recurrir á la sierra ó al arado. Como escritores, se están suicidando. Hasta ahora no ha aparecido un artículo notable de los escritos por conservadores, en orden á política. Los conservadores *deben aprender á sufrir y á mirar de frente el peligro.*

ROBERTO ANDRADE.



VERDADERO  
EVANGELIO DEL PUEBLO

POR

ALFONSO ESQUIRÓS

## VIII

Los que se obstinan contra toda razón en dar á las palabras *reino de Dios* otro sentido que el que las hemos dado, hacen mentir á Jesucristo, porque decía éste á los que le escuchaban:

“En verdad os digo, que entre los que están aquí, los hay que no morirán sin que hayan visto entrar en su reino al Hijo del Hombre”.

Hace ya diez y nueve siglos que fueron pronunciadas semejantes palabras; todos los judíos de aquella época han muerto, y no ha venido todavía el fin de los tiempos. Jesús no pretendía, pues, indicar sino que alguno de los oyentes vería los principios de una sociedad conforme á las ideas del Evangelio. Y ¿quién duda que los judíos contemporáneos de Cristo vieron esto en la Iglesia primitiva? La Iglesia es, como demostraremos más adelante, la matriz de la gran sociedad humana.

En otro lugar Jesús, para hacer comprender mejor que ese reino de Dios era de ese tiempo y de este mundo, dijo á los grandes:

“Os declaro que os será quitado el reino de Dios, y entregado al pueblo, que le hará producir sus frutos”.

¿De qué reino pudo hablar aquí sino de un reino mundanal, de un reino terrestre? Y no podía ser, en efecto, para los grandes: los ricos no han de poder entrar en un reino en que no será admitida la acumulación de bienes.

Ya sabemos la historia del rico que quería unirse á Jesucristo, y que se retiró triste porque le ordenó el Salvador que vendiera su hacienda y distribuyera su valor entre los pobres. No, los que han reunido grandes capitales no tienen cabida en el nuevo reino, mientras no los dividan entre sus hermanos, y he aquí por qué, aun en nuestros días, son muchos los que, después de haber querido tomar parte en las revoluciones, se retiran tristes é intimidados, temerosos de perder los grandes bienes que poseen. Muy acertadamente dijo sobre esto Jesucristo:

“Mas fácil es que una maroma entre por el ojo de una aguja, que un rico en el reino de Dios”.

No puede ser tampoco para los nobles este reino, porque en él no tendrá lugar distinción alguna de linajes, y los que ocupan ahora el primer puesto bajarán entonces al último de todos. Ni será tampoco este reino para los escribas, ni para los doctores, ni para los sacerdotes que quieren hacer pesar sus opiniones sobre el pueblo, porque estará abolida en él la esclavitud de la inteligencia. Terminantemente ha dicho Jesucristo:

“Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y doctores de la ley, no entraréis en el reino de Dios”.

Ese reino, esa tierra social de promisión que Jesucristo ha venido á anunciar al mundo, será sólo para los pecadores, para los publicanos, para los pobres y las mujeres arrepentidas, para los que durante siglos habrán atravesado con el sudor en la frente el árido desierto de nuestra sociedad.

“Os declaro, en verdad, decía Jesucristo en el templo á los jefes de los sacerdotes y á los ancianos del pueblo, que os llevarán la delantera en el reino de Dios los publicanos y los libertinos”.

La doctrina de Cristo era tan pura, que podía bajar sin mancillarse hasta el fondo de todas las fragilidades humanas; hasta el fondo de todas las degradaciones morales.

## IX

En aquel tiempo, dice el Evangelio, empezó Jesucristo á predicar la penitencia y el reino de Dios. ¿Qué puede entenderse por esa penitencia sino la reforma de la sociedad antigua, y el principio de un reino nuevo, que será el de Dios, puesto que Dios se halla donde están la libertad y la justicia? Jesús no es un revolucionario á medias; no se contenta con introducir en el mundo antiguo mejoras y adelantos, no: quiere destruirlo hasta los cimientos; quiere arrancar de raíz toda la vegetación de la sociedad, para hacer una plantación enteramente nueva. “Todo árbol que no ha sido plantado por mi Padre celestial, será arrancado, dijo: nada absolutamente, nada ha de quedar de la sociedad, tal como está constituida”. ¿Qué es lo que podría quedar de ella, cuando en todos sus puntos está en contradicción con el Evangelio? Nuestra sociedad dice al pecador y á la pecadora: “¡Anátoma!” Jesucristo dice: “¡Misericordia!” Nuestra sociedad dice á los pequeños: “¡Honor á los grandes!” Jesucristo dice: “Humillados serán los grandes y ensalzados los pequeños”. Nuestra sociedad dice á los culpables por boca de los tribunales: “¡Justicia!” Jesucristo les pregunta: “¿Estáis arrepentidos?” Nuestra sociedad dice: “¡Felices los ricos!” Jesucristo dice: “¡Bienaventurados los pobres!” Nuestra sociedad dice á los revolucionarios: “¡Sose-

gaos!" Jesucristo les dice: "He venido á traer el fuego del cielo, y quiero que se encienda". Nuestra sociedad dice á sus agentes: "¡Desarmad al pueblo!" Jesucristo dice al pueblo: "Vende tu blusa y compra una espada". Ya lo véis, pues: nuestra sociedad no podía durar, ni durará: será arrancada como un árbol muerto, y arrojada al fuego.

Empero, ¿qué sociedad la sustituirá? Oíd: "El reino de Dios es parecido á un hombre que, tratando de casar á su hijo, envió sus criados á avisar á los que tenía convidados para las bodas, y no logró que estos acudieran al convite. Les envió de nuevo otros criados para que les dijeran:—He hecho preparar la comida; están ya muertos los bueyes, y todo lo que cebé en mi casa. Está todo dispuesto: venid á la boda. Nada pudo tampoco alcanzar, porque no haciéndole caso los convidados, se fué el uno á su campo y el otro á su comercio. Se enojó al saberlo, y dijo á sus criados.—Id prontamente por la plaza y las calles de la ciudad, y haced que vengan aquí los pobres, los lisiados, los ciegos y los cojos. Fuéronse los criados y reunieron á cuantos encontraron, buenos y malos, y al volver, les dijo:—Idos ahora por los caminos, y á lo largo de los vallados, é instad á los que encontréis á que entren en mi casa, á fin de que ésta esté concurrida. Os declaro que no tomará parte en mi cena ninguno de los hombres que han sido convidados".

El que tenga ojos vea, y el que tenga oídos oiga, porque Jesucristo acaba de darnos la gran respuesta á esta cuestión: ¿quién ocupará el lugar de los actuales convidados de la sociedad? Lo ocuparán los pobres, los enfermos, los desamparados, los buenos y los malos; todos los que hayan sido recogidos en las encrucijadas y en las esquinas de la ciudad; todos los que tenía olvidados la antigua sociedad y no habían sido llamados al festín de boda. De malos que eran, llegaron á ser buenos por la reforma de su conciencia, y para ellos serán entonces los honores; para ellos los asientos dispuestos en el banquete de la gran casa de Dios. Para ellos serán los bueyes y todos los preparativos de la fiesta; para ellos serán los agasajos y las predilecciones del padre de familia, porque son hijos del dolor; son hijos del sufrimiento. Demasiado tiempo han andado á lo largo de los vallados y por los caminos con los pies desnudos: demasiado tiempo han ido arrastrando su miseria por las calles y plazas de las ciudades. Justo es ya que se sienten, y tomen parte en los festines; porque tras el dolor viene el placer; tras el grano podrido la yerba verde; tras la preñez el alumbramiento.

## X

En aquel tiempo dijo Jesucristo esta otra parábola: "Había un hombre rico, vestido de púrpura y de lino, que se trataba todos

los días de una manera espléndida. Tendido á la puerta de este rico había un pobre, llamado Lázaro, lleno todo de llagas, que se hubiera tenido por feliz en poder alimentarse con las migajas que caían de la mesa del opulento; pero no encontraba quien se las diese, y se veía rodeado de perros que iban á lamer sus llagas. Murió el pobre, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fué sepultado en el infierno. Mientras estaba en los mayores tormentos, levantó los ojos, y viendo de lejos á Abraham y á Lázaro en su seno, alzó la voz, y dijo: — Padre Abraham, tened piedad de mí, y envidad á Lázaro, á fin de que moje en el agua la punta de su dedo para refrescarme la lengua, porque sufro mucho en estas llamas. Y Abraham le contestó: — Acuérdate de que recibiste infinitos bienes durante tu vida, y Lázaro no tuvo en ella más que males: él es ahora el consolado, tú el atormentado”.

¿Cuál es el objeto de esta parábola sino el de prometer una recompensa á los sufrimientos del pobre? Jesús coloca desde luego esta recompensa en el cielo, para después de la muerte del hombre, y no cabe duda que la sola fe en un Dios justo y amigo del pobre, es una mano invisible que alivia y hace llevaderas las cargas más pesadas. Como hemos visto en otra parte, la anunciación del reino de Dios encierra un doble sentido, presente y futuro; pero es preciso advertir que tiene esta parábola dos explicaciones, y que se refiere también á los tiempos y á la eternidad. Esta recompensa por la cual el que ha recibido bienes recibirá males, y el que haya recibido tormentos recibirá consuelos, tendrá lugar en esta misma tierra que habitamos, desde el momento en que sea ésta reconstituída según el Evangelio. Regocijaráse entonces Dios, y será santificado, porque no puede haber mayor gozo para él que ver que se reconstituye la tierra á imagen del cielo. Entonces Lázaro, roído por sus llagas y codicioso de las migajas de pan que caen de la mesa del rico, será elevado al seno del padre de familia, y el rico sufrirá y se agitará en las llamas de su cólera. “Son muchos los que, como dice el Evangelio, estando á la cola, vendrán entonces á la cabeza”. De parte de Jesús, mi Señor, os ofrezco esperanza y consuelo á vosotros todos, ¡oh, Lázaros, hermanos míos! Os la ofrezco á vosotros, pobres mendigos, que echados en los umbrales de las puertas de los ricos, estáis llenos de miseria y sentís vuestras llagas lamidas por los perros. Os la ofrezco á vosotros todos, que sufrís el hambre, la lluvia y el viento en las gradas de los palacios. Os la ofrezco á vosotros todos, que sois pobres: si vivís, veréis esa gran regeneración humana que reparará y recompensará todos vuestros males; si morís, vuestro es el cielo.

(Continuará.)

## EL CASUS BELLI

DEL

## CLERO AZUAYO

## LA LIBERTAD DE CULTOS

La Religión de Cristo quiere que se sufra la muerte por sostenerla; pero nó que se persiga ni haga mal por causa de élla.

CONSTANTINO EL GRANDE.

Un artículo de la Constitución declara que la Religión del Estado es la católica; pero que se respetan las creencias religiosas de los habitantes del Ecuador; es decir que son *toleradas* las demás religiones que los ecuatorianos pudieran profesar. En resumidas cuentas, lo único que la Carta garantiza es la mera *tolerancia* religiosa: no serán, pues, perseguidos, enjuiciados, ni achicharrados los que no comulguen con Roma. ¿Hay algo más justo que ese respeto del Poder Público á la conciencia individual? ¿Hay algo más humanitario que esa prohibición tácita del despotismo teocrático sobre el espíritu de los ecuatorianos? Hay algo más conforme con el mismo cristianismo que esa tolerancia caritativa al modo de pensar ajeno, aunque tengamos la presunción de ser poseedores de la verdad? Hay algo más indispensable en la sociedad actual que la libertad de adorar á Dios según las convicciones íntimas de cada uno? Renovar las persecuciones religiosas de la Edad Media; reproducir las cruentas cruzadas contra infieles y herejes en pleno siglo de la razón; volver á encender las hogueras de Torquemada, imponer un credo con los suplicios y el tormento, cuando el libre examen se está alumbrando al mundo espiritual; ¡oh aquello sería imposible, Señores Sacerdotes! La inquisición pasó con todos sus horrores para no volver jamás: las cadenas de la conciencia han sido definitivamente despedazadas por el martillo formidable de diez y nueve siglos. Esas ideas que creyeron los tiranos del alma ahogar en el humo del brasero y las cenizas del cráneo de los pensadores, en los tiempos aciagos del terror religioso, han germinado ya y producido opimos frutos de libertad y luz: no hay sombras ni trabas para el hombre, y la mente es hoy libre é independiente como al Creador le plugo que fuese la humanidad.

¿Y dónde la impiedad, dónde la herejía, dónde el ataque á la Iglesia, en la garantía constitucional que estamos examinando? El fundamento mismo de la Religión verdadera, como obra de Dios, debe ser, y lo es en verdad, la tolerancia: sólo el error, sólo la impostura, sólo el fraude temen una desastrosa competencia; temen la discusión y el examen, temen que sus prosélitos se desbanden y se afilien á otra bandera. Si sois poseedores de la verdad ¿por qué tembláis ante los secuaces del error? Si el Espíritu de Dios os inspira y habla por vuestra boca ¿por qué os acobarda y acoquina un sectario, víctima de los engaños del diablo? Si tenéis esa fe que transporta los montes y calma las tempestades ¿por qué teméis el poder de los herejes? Si queréis confundirlos victoriosamente, ahí está la tribuna sagrada, ahí la prensa, ahí la pública conferencia: no los temáis, porque el Dios que venció á Goliat es fortaleza de vuestro brazo. Si queréis sostener á los fieles en la lucha, volverlos formidables, invencibles, revestíos de virtud y dejaos ver con la aureola de los apóstoles; y la nave de Pedro dominará las encrespadas olas del mar del mundo, y el Consolador bajará sobre vosotros así como lenguas de fuego, y las generaciones pasarán viendo cumplidas las promesas del Cristo. ¡Hombres de poca fe ¿por qué teméis?

Pero querer irse contra Dios y condenar la tolerancia religiosa, es impiedad, por más que el *Syllabus* esté de vuestra parte. Dios, misericordia y amor sin límites; Dios, que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva; Dios, autor del libre albedrío y de la actividad insaciable del alma; Dios, conecedor de la imperfección y debilidad del hombre, no puede nunca aprobar la intolerancia hierática, esa crueldad mística de los siglos medios, ese celo antropófago de los inquisidores: no, Dios quiere *sacrificios voluntarios*, y así cuida del judío como del gentil, del cristiano como del infeliz salvaje que apenas columbra á la Divinidad por entre las negras sombras de la barbarie. ¿Dónde habéis hallado un ejemplo siquiera de intolerancia, mandado por Jehová? Dónde una máxima de crueldad en Jesús ó en sus apóstoles? Abierta está la Biblia: leed y contestad.

El Antiguo Testamento, á pesar de sus severidades, está respirando clemencia y misericordia con los gentiles y los pecadores. Para que lo veáis mejor dejaremos la pluma á un teólogo irrecusable en este punto: *Es evidente, por Job (XXVIII, 28) que Dios dió una misma ley á todo el género humano, á saber la de adorar á Dios y la de hacer el bien, absteniéndose de acciones malas. Por eso Job aunque gentil, fué tan agradable á Dios porque excedió á todos en piedad y religión. Jonás nos enseña (IV 2) con mayor claridad, que Dios es propicio no sólo á los judíos sino á todos los pueblos; que es bondadoso, indulgente, misericordioso para todos . . . . Hom-*

*bres incircuncisos como Noé, Henoch, Abimeleck, Balaam y otros profetizaron, y los profetas hebreos, Ezequiel, Abadías, Jonás, Isaías, fueron enviados á los gentiles . . . . Dios está con todos los que le invocan, si con verdad lo hacen . . . . Dios es bueno para todos, y en sus obras brilla la misericordia (Salm. CXLV, 18, 9).*

¿Lo véis? Jehová, el Dios celoso os da ejemplos irrefragables de *tolerancia*; pues derrama sus dones sobre todas las naciones del orbe, asiste á todo el que le invoca de corazón, y cuida de todos los hombres sin distinción alguna.

¿Jesús fué intolerante? Jesús condenó alguna vez á los que no le escucharon? Jesús impuso su doctrina por la fuerza? Jesús inculcó el temor religioso y la esclavitud de la conciencia? Afir-marlo sería horrible blasfemia: el Cristo no enseñó sino el amor, la mansedumbre, la clemencia: Jesús se conquistó el mundo con virtudes, milagros, con doctrinas salvadoras de la humanidad y principios morales que nos acercaban á Dios: Jesús selló su conquista con el martirio, y su última palabra fué una plegaria ferviente por los deicidas. Los fariseos condenaban á Zaqueo y el Cristo lo declaró hijo de Dios: los hipócritas huían de los cismáticos de Samaria, y Jesús bajó á ellos con la palabra de vida y de perdón: dos apóstoles quisieron hacer bajar fuego del cielo sobre una ciudad que cerró las puertas al Maestro; y fueron reprendidos porque *no conocían de qué espíritu era el Mesías*. ¿Dónde vuestra doctrina en los Evangelios?

Los apóstoles favorecen por ventura el terror frenético que os estáis sosteniendo? Vedlo:—*Al que es flaco en la fe, sobrellevalo, sin entrar en contestación de opiniones*—dice Pablo en su carta á los romanos (XIX, 1); es decir, tolerad al que no tenga en la fe la misma fortaleza que vosotros, sin discutir ni condenar la opinión ajena. Y, para que no quede duda acerca de su verdadero sentir, agrega el Apóstol de las gentes (que naturalmente no sería liberal como los del día, como los condenados al infierno por vuestra mansedumbre): *El que come, no desprecie al que no come; y el que no come no juzgue al que come, porque Dios lo ha recibido por suyo: ¿Quién eres tú que juzgas al siervo ajeno? Para su Señor está en pie ó cae; mas, estará firme, porque poderoso es Dios para mantenerlo firme. Uno hace diferencia entre día y día; y otro considera iguales todos los días: cada uno abunda en su sentido . . . . Y tú, ¿por qué juzgas á tu hermano, ó tú ¿por qué menosprecias á tu hermano? pues todos compareceremos ante el tribunal de Cristo . . . . Y así cada uno de nosotros dará cuenta á Dios de sí mismo. No nos juzguemos ya los unos á los otros, antes bien pensad en no poner tropiezo ni obstáculo al hermano. Yo sé, y estoy persuadido en el Señor, QUE NADA HAY INMUNDO DE SUYO . . . . Y LOS GENTILES GLORIFIQUEN A DIOS por la merced hecha, como está*

*escrito: Yo te confesaré Señor entre las gentes, y cantaré á tu nombre . . . . Alabad al Señor todas las gentes, y ensalzadle todos los pueblos (Ad Rom. XIV. 3, 4, 5, 10, 13, 14 y XV, 9, 11) . . . . Hay ya culpa en vosotros en traer pleitos los unos con los otros. ¿Por qué no sufrís antes la injuria y toleráis el daño? Mas vosotros sois los que injuriáis y dañáis; y esto á los hermanos! . . . . (1.ª Ad Corintios. VI, 7 y 8)*—¿Para qué mayor número de citas? San Pablo os condena: el gran Apóstol que hizo enmudecer el Areópago, predica la tolerancia y la misericordia, como un eco de las palabras del divino Maestro; y vosotros predicáis la persecución, la guerra, el degüello, el exterminio contra los que llamáis liberales y herejes. ¿A quién hemos de seguir nosotros? A Pablo, el más sabio de los apóstoles, ó á vosotros, fruto podrido del fanatismo y la hipocresía? Seríais capaces de condenar al *Evangelizador de las Naciones?* pues tendríais que condenar también á Santiago y á Juan, santos que inculcaron la misma caridad, la misma mansedumbre, la misma tolerancia que el Apóstol de los gentiles.

Constantino el Grande, ese príncipe libertador de la Iglesia, que—al decir de vosotros mismos—es el modelo más acabado de los príncipes; ese Monarca que platicaba con los ángeles y á quien Dios se dignaba guiar á la victoria con signos celestiales; ¿qué hizo para cimentar la paz en el Imperio? Oíd sus propias palabras, en el Edicto de pacificación: “Nos, Constantino Augusto . . . . hemos creído que una de nuestras principales obligaciones era arreglar lo respectivo al culto de la Divinidad, y dejar á los cristianos, como también á los demás súbditos, en plena libertad de seguir su religión, para que descienda sobre nosotros y sobre todo el imperio la bendición del Cielo. Por tanto, determinamos no rehusar á cualquiera que lo desee, los medios de abrazar y seguir de corazón las observaciones de los cristianos, como igualmente, practicar la religión que tenga por conveniente, todo con el objeto de que el Supremo Dios, á quien veneramos, no cese de colmarnos de beneficios, etc.”—Luego Constantino, vuestro santo Príncipe, sabía que la tolerancia era grata al Supremo Dios, sabía que las persecuciones religiosas, que el furor sacerdotal, que la intransigencia y el fanatismo, ofendían al Cielo y obstaban los favores divinos; sabía que la libertad de conciencia era buena, era santa, era necesaria para la humanidad. Luego, si Constantino estuvo en lo justo al expedir el Edicto, si Constantino no fué tachado por ello de fautor de herejías y enemigo de Cristo, si Constantino hasta hoy es el prototipo de los defensores de la Iglesia, si Constantino es el bendecido patrono del Vaticano ¿qué sois, vosotros, apóstoles del terror, verdugos de la conciencia, frenéticos partidarios del Santo Oficio y del Sambenito? ¿Condenaréis por ventura al primer emperador cristiano, tan alabado por todos los papas y todas las iglesias ortodoxas? Claro que no; lue-

go no tenéis razón para reprobar la Constitución Ecuatoriana, sólo porque reconoce y consagra esa misma tolerancia, consagrada y reconocida por Constantino.

Y esa tolerancia, — que tanto os sulfura ahora — fué la petición constante de la Iglesia apostólica: todos los apologistas, todos los Padres de ese entonces, no pedían sino *libertad* para la religión de Cristo. Cuadrato, Aristides, un Serenio Granniano, Justino, Atenágoras, Apolinar, Tertuliano, etc., como sabéis, no exigieron del fanático paganismo sino un poco de tolerancia para las doctrinas del Calvario: “Si os parece absurda nuestra Religión DEJADLA, que élla se destruirá por sí misma; pero si es pura y santa, si es divina y celestial, cuánto os arriesgáis en atacarla” — exclamaba San Justino. Luego, si la Iglesia primitiva creía buena y santa la tolerancia religiosa; vosotros sois impostores y herejes cuando la condenáis como impía, os rebeláis contra los Padres de la primera edad del cristianismo, alzáis el hacha sepultada por los defensores de la verdadera fe.

San Agustín, acusado de rigor para con los disidentes, el mismo fogoso Obispo de Hipona, decía: *tolerad al judío, tolerad al hereje declarado, etc.* — San Cipriano se escandalizaba del furor sanginario del naciente fanatismo. San Gregorio el Grande, escribía al Obispo Genaro: preciso es usar con ellos (los judíos y herejes y . . . ¿los liberales?) de una moderación que los atraiga y edifique, y no de una impetuosidad que los acerbe violentándolos, porque escrito está: os ofreceré un sacrificio voluntario. Deben siempre ganarse los infieles y atraerlos con las exhortaciones y la caridad, y no alejarlos con las amenazas y el terror. — No se ha de usar de violencia alguna con los que viven en la idolatría, contentándose con exhortarlos . . . . Habéis pecado tratando del modo que me decís, á ese griego . . . . y vuestro celo no ha sido según la ciencia y la moderación evangélica, cuando habéis mandado azotarle con crueldad — escribía á Bogoris el papa Nicolás I. — Gregorio VII, Inocencio III, Dámaso y otros muchos Pontífices enseñaron tolerancia; el Concilio de Tours (año 1226) prohibió perseguir á los judíos, porque *la misma Iglesia los consentía*, pues quiere que se conviertan, más no que mueran: el Concilio Ecuménico de Constanza confirmó, en la sesión 43<sup>a</sup>, el Decreto de Martino V, en virtud del que se facultaba *comunicar* aun con los excomulgados no denunciados . . . . Consalví no pedía sino tolerancia á nombre de Roma: el Cardenal Polo, recordaba en favor de los oprimidos de Irlanda la obligación de los príncipes de tolerar las creencias de los súbditos; Pío IX, abriendo las vallas del *Getto*, no hizo sino rechazar el fanatismo que os enloquece; y la Santa Sede ha reconocido la libertad de conciencia, en casi todos los Concordatos modernos, Abundaríamos las citas, si la índole de este pequeño escrito no nos

lo impidiera; luego, si los Santos, si los Concilios, si los más eminentes Pontífices, juzgaban buena y santa la tolerancia religiosa, vosotros estáis en el error cuando os azáis contra el Poder Público, á pretexto de que la Constitución establece el respeto para todas las creencias de todos los ecuatorianos. Os rebeláis con la tradición y las doctrinas: sois impostores y falsos cristianos, ministros de discordia y obreros de Satanás.

Las guerras religiosas; los asesinatos de la Sambartolomé y de Berzieres; los degüellos de los Albigenses y Valdenses, las hogueras y el tormento, la Coraza y el Sambenito, Torquemada, y Cauchón; las leyes de muerte de los Emperadores del Bajo Imperio y de los Reyes semibárbaros de la edad media, contra los herejes; nacieron, no de la religión, sino de la sus picacia política, no fueron fruto del Evangelio, sino de la ambición de los Prelados y de los Príncipes. Relajada la disciplina; desbordadas las pasiones del Clero; convertida la religión en medio de medrar y engrandecerse; levantado un nuevo poder en el templo, poder aliado de los Césares; se hizo necesario defender con las armas las creencias, base de los poderes coligados, y aun las preocupaciones que favorecían el engrandecimiento y la opulencia de los dominadores de la tierra. Toda idea redentora de los oprimidos, toda tendencia á la libertad, todo recuerdo de la primitiva Iglesia y de sus puras costumbres, toda asociación de pensadores, todo destello de luz, todo germen de esperanza, crímenes imperdonables para los aliados, herejías monstruosas para los especuladores del templo, amenazas de muerte para los tiranos de los pueblos y los esclavizadores de la conciencia humana. Y tan cierto es que el verdadero Cristianismo ha condenado siempre la intolerancia y el terror religioso, que aun hoy mismo, Roma se empeña en repudiar los horrores de Berzieres y de la noche funesta de Sambartolomé, las devastaciones de los Países Bajos y de las tierras de los Valdenses, los torrentes de sangre vertida por los cruzados contra los Albigenses, las hogueras de la Santa Inquisición y el destierro de los moros y judíos de España, etc. Los nombres de los perseguidores de los herejes no son pronunciados casi por la Iglesia Católica en el siglo en que vivimos; y si abiertamente no anatematiza á esos bribones es, quizá, por ese mismo espíritu de caridad que proscribís vosotros de la religión del Cristo . . . .

Si la tolerancia religiosa es conforme con el espíritu de la Iglesia, resulta que no tiene fundamento vuestra *guerra santa* contra la Autoridad y la Constitución de la República; de donde se deduce que sois facciosos impíos, promotores de fratricidas luchas, malos sacerdotes y peores ciudadanos, enemigos de Dios y de los hombres.

(Continuará).

## LIMA

## SUS MONUMENTOS Y ALGUNAS DE SUS COSTUMBRES

Apuntes recogidos en 1886 por Felicísimo LOPEZ

## XI

## EL MONUMENTO "DOS DE MAYO"

Después de la victoria de Ayacucho, los gérmenes corruptos que se habían incubado en la guerra magna, empezaron su trabajo de zapa, para echar á perder el sistema republicano democrático en el suelo descubierto por Colón.

La desenfrenada ambición de los traidores á la América, que en distintas ocasiones fueron á arrastrarse miserablemente ante los tronos para ofrecer en venta á sus compatriotas como viles esclavos, cegó á los monarcas de Europa hasta el punto de hacerles soñar en una reconquista.

La sangre de Maximiliano, humeante todavía en la plaza de Querétaro, no fué suficiente lección para las viejas monarquías, que esperaron recibir otra tan elocuente en las aguas del Pacífico.

En 1866 los buques de guerra españoles se presentaron en la bahía del Callao en actitud altiva y amenazante. Mas, herido profundamente el sentimiento americano, y llamadas á una alianza ofensiva y defensiva las cuatro naciones del sur, cúpole al Perú la inmensa gloria de escarmentar á la escuadra española que, maltrecha y en derrota, fué á decir á España, que un pueblo que ha saboreado la libertad no puede extender otra vez el cuello á la ignominiosa cadena. Justo era, pues, que el Perú levantara á la espectación de la posteridad el monumento que debía recordarle el triunfo de la República sobre la Monarquía.

En efecto, en la explanada que se conoce con el nombre de "Portada del Callao", se halla el grandioso monumento "Dos de Mayo", erigido en tiempo del Presidente Balta.

Consiste en una alta y hermosa columna vaciada en bronce, con pintorescos relieves y terminada en el vértice por el ángel de la Victoria, desplegadas sus doradas alas, de pie sobre reluciente

globo, teniendo en la mano derecha una espada y en la izquierda una rama de laurel.

Esta columna descansa sobre una ancha base, también de bronce, que en sus cuatro lados representa alegóricamente á las cuatro Repúblicas aliadas.

Al oeste está el PERÚ en forma de una arrogante mujer de rostro airado y que mira hacia el Callao; en su mano derecha centellea la triunfante espada, y con la izquierda abraza el pabellón nacional. Tiene á sus pies la interesante efigie de D. José Galves — el héroe de esa jornada — tendido exánime sobre los saquetes de pólvora y las balas de cañón, y empuñando todavía su gloriosa espada. A la derecha está acostada la Llama de sus páramos ó punas, y á la izquierda el simbólico cuerno que derrama en abundancia el oro codiciable del Perú, que ha sido la causa de su ruina.

Más abajo, en una gran piedra de mármol, se halla una inscripción que conmemora el hecho en estos términos:

“A los defensores del Perú y de la América,  
 “Que renovando las glorias de la independencia,  
 “Rechazaron la invasión española  
 “Y sellaron la unión americana  
 “En el Callao el 2 de Mayo de 1866,  
 “La Patria reconocida ha elevado este monumento,  
 “Para memoria y ejemplo de las generaciones venideras.  
 “MDCCCLXVIII”.

Al sur se encuentra CHILE: una esbelta mujer, cubierta con un gran manto, lleva en la diestra su imponente espada y en la frente una estrella; á sus pies y á la derecha déjase ver su feroz águila, y á la izquierda un haz de trigo y una palma.

Hacia el este se representa BOLIVIA por una robusta india, que también lleva espada y deja ver desnudo y lleno de vida uno de sus pechos; á sus pies y lado izquierdo se arrima un niño desnudo de raza indígena, y al derecho un arado y una planta americana.

Al norte ví, lleno de emoción, al ECUADOR, mi querida patria, representado por una simpática india cubierta con el poncho americano, debajo del cual se diseñan las formas turgentes de sus pechos, que simbolizan la exuberancia y la riqueza de su suelo todavía escondidas y no explotadas; en su frente luce radiante diadema de libertad é independencia que fué la primera en proclamar y quizás la última en gozar; su brazo derecho está extendido como en busca del porvenir y con la mano izquierda sostiene la carta de alianza de 1866. A sus pies descansa el taimado lagarto de sus caudalosos ríos, que asoma su horrible cabeza por entre las ricas mazorcas del cacao y su cola entre la sabrosa piña y el pintoresco plátano; por otro lado está derramándose de su vasija la *chicha* nutritiva, bebida predilecta del indígena.

Este grupo majestuoso de las cuatro naciones y la elevada columna, se afirma sobre una base sólida de granito y mármol, rodeada de fuertes verjas de fierro. Al rededor del monumento hay un ancho espacio circular para paseo, circundado por gruesa cadena de fierro que se sustenta en pilastras del mismo metal.

Después de contemplar monumentos de esta clase, el viajero se retira con el corazón lleno de entusiasmo, y bendiciendo la memoria de los hombres abnegados que han sacrificado su vida por la Libertad y por la Patria.

---

## XII

### LA BIBLIOTECA NACIONAL

Al hablar del convento de San Pedro, antigua residencia de los jesuitas, dije ya que en ese extenso edificio se hallan hoy la Biblioteca Nacional y el Ateneo. En efecto, en los altos de este edificio se abren los espaciosos y lujosos salones del Ateneo, para recibir á la alta sociedad de Lima que va á gozar de las conferencias y solemnes recepciones que tienen lugar en esa elevada institución científica y literaria de la culta Capital.

En la parte baja del edificio se hallan la Biblioteca y Galería de pinturas y objetos curiosos que, por su grande importancia social, bien merece que me detenga un momento.

La entrada principal de la Biblioteca está decorada por el gran cuadro que representa "Los funerales de Atahualpa", obra monumental justamente admirada por cuantos visitan el edificio.

El cadáver del desgraciado monarca del Perú, que pagó con su vida el crimen de ser dueño y señor de un rico y vasto imperio,

compuesto de numerosos pueblos que vivían felices en medio de su inocencia, es llevado ceremoniosamente al centro de los religiosos de la orden de Predicadores y de Pizarro y demás conquistadores que hacen brillar sus relucientes armas. A la vista del cadáver de su señor, las indias se han precipitado con lastimeros lamentos, implorando, sin duda, en su idioma propio, ser ellas las que lo lleven al sepulcro, mas son rechazadas con dureza por los frailes y soldados españoles.

El argumento conmovedor de este memorable cuadro; la riqueza del colorido y naturalidad en que se representan allí la desesperación de las víctimas y el altivo desprecio de los victimarios; la palidez cadavérica de Atahualpa; todo, en fin, revela una obra acabada del arte pictórico, debido al afamado pincel de D. Luis Montero, cuyo retrato en busto se vé también á un lado de su gran cuadro.

Después de haberlo contemplado por un momento, y obtenido el respectivo permiso, fuí conducido primeramente á los salones de pinturas, obras de arte y objetos curiosos.

La mayor parte de los cuadros de esta galería consisten en los retratos de todos los *virreyes* que ha tenido el Perú y de los *próceres* de la independencia sur- americana, mariscales y generales de la nación peruana. ¡Notable contraste fué éste que me hizo reflexionar mucho durante mi visita á esos salones! De un lado los representantes del derecho divino de los reyes y del más opresor absolutismo; del otro los obreros de la Libertad y defensores del Derecho moderno. De un lado la soberbia humana enseñoreándose, por medio de la fuerza bruta, sobre la ignorancia y la humillación de pueblos débiles; del otro la luz de la inteligencia dando bríos al patriotismo para sacrificarse por un porvenir feliz del pueblo. Y con estas ideas iba gozando al ver los retratos del *Libertador*, del gran Mariscal de Ayacucho, del gran Mariscal Mariano Necochea, del gran Mariscal José de la Mar, del gran Mariscal Agustín Gamarra, del gran Mariscal Ramón Castilla, del General Salaberry, etc., etc.

Todos los Virreyes se distinguían por la multitud de títulos que acompañaban á sus nombres; al paso que nuestros Próceres llevaban sus títulos en las cicatrices y medallas de las batallas libradas en defensa de la Patria. Entre los Virreyes el único que llevaba "mención honorífica" era D. José Fernando de Abascal y Sousa, por ser fundador del Cementerio de Lima, del Colegio del Príncipe, del de San Fernando, de la muralla de Lima, del primer mapa del Perú, por haber conquistado á Quito y Chile y haber pacificado el Perú.

Dos cuadros notables fijaron también de preferencia mi atención: el que representa el asesinato de Almagro; y el retrato de

“El patriota D. José Olaya que sirvió con gloria á la Patria y honró el lugar de su nacimiento, Chorrillos”. Este patriota fué un indígena, que, sorprendido al conducir comunicaciones de los patriotas que estaban en posesión del Callao para los de Lima, destruyó las cartas, y ni aún puesto en tortura declaró las personas para quienes iban dirigidas.

Otro cosa notable hay en este salón, que me impresionó profundamente: fué una cruz grande — más de dos varas de largo — de madera fuerte, con dos pernos gruesos de fierro casi á la altura de un hombre y que servía para ahorcar criminales y *herejes* condenados por la *Santa Inquisición*; fué colocada en la entrada del Callejón de Petateros en 1693 por el Virrey Conde de la Monclova. Al mirar este instrumento de suplicio y de tortura, vínoseme de improviso á la memoria esta terrible profesía de Jesucristo: “Ven drán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y á muchos engañarán; y se entregarán unos á otros; y unos á otros se aborrecerán. Entonces os entregarán para ser afligidos; y os matarán”.

Después de recorrer los salones de pinturas me trasladé á los de la BIBLIOTECA. Son tres: uno muy espacioso, que es la biblioteca general, cuyos anaqueles dispuestos en dos pisos y en orden alfabético, según los ramos científicos y literarios, están llenos de libros, á pesar de los destrozos que hicieron los chilenos; y ya los estragos no se hacen sentir mucho, debido á los patrióticos esfuerzos de su actual bibliotecario, el académico literato D. Ricardo Palma.

Otro salón más pequeño es la *biblioteca americana*, destinada exclusivamente para las obras de autores americanos. Aquí cada nación tiene su sección separada y arreglada convenientemente.

Por último, el *salón de lectura*, muy espacioso, aseado, claro y ventilado, está lleno de mesas y asientos cómodos para los lectores que, en número considerable, concurren allí diariamente á saciar esa sed de luz y de conocimientos, que es el carácter distintivo de nuestra época. Desde que Gutemberg tuvo la sublime inspiración de fijar y perpetuar el pensamiento humano por medio de la imprenta, las bibliotecas vienen siendo las fuentes inagotables, donde el pueblo puede ir á tomar su ración cotidiana para fortalecer su espíritu. El libro y el periódico, he allí los más grandes revolucionarios que han paseado su bandera de luz por el campo hoy casi desierto de la iniquidad y la ignorancia.

(Continuará).

## PEQUEÑAS NARRACIONES.

## CARLOTA

## X

La espera iba siendo larga, y esto me incomodaba un poco. ¿Para qué diablos me había llamado la Madre Superiora, en nombre de una enferma de gravedad? Un caso de conciencia. . . . ¿y bien, qué? — Tenía — al fin y al cabo — algo que ver yo con los desastres de los últimos años de Carlota, porque seguramente era ella la enferma en cuestión? Cierta escorzorcillo de la conciencia me acusaba el abandono en que la dejara después de las violentas escenas que se siguieron á la muerte de Adelita; ¿pero podía ni debía, á fuer de hombre honrado, proceder de otra manera? Y luego, á mi partida, la dejé con recursos suficientes para ponerla á cubierto de la miseria durante algún tiempo, y después, ella tenía la obligación de no dejarse morir de hambre y acudir á un trabajo que le diese siquiera para el pan nuestro de cada día. . . . Por otra parte, la miseria moral de aquella desgraciada era irremediable: después de las primeras caídas, y nótese que hablo en plural, y dado el carácter atronado de Carlota, sólo un gran esfuerzo de voluntad, una energía heroica, una victoria decisiva sobre el temperamento propio y los resabios de una educación perversa y el hábito de un medio social corrompido, podían rehabilitarla; sí, un verdadero milagro; pero dónde estaba el santo que lo hiciese? Magdalenas en vísperas de arrepentirse las hay muchas, infinitas; el *ramo* que escasea es el de Magdalenas verdaderamente arrepentidas y sin peligro de recaída. . . . Y últimamente, ¿qué podía ella exigir de mí en su lecho de muerte? Perdón. . . . ¿de qué? Piedad. . . . ¿por qué? Existía un verdadero abismo entre los dos, abismo lleno de sombras: por una parte, el recuerdo de la culpa, la hez de placeres vedados, el fango de la caída; y por otra, la imposibilidad de unirnos de nuevo, después de los años de abyección de la desventurada Delia. . . . Delia, Carlota. . . . ¡Con poca diferencia, siempre la misma! . . . . Pues no faltaría más sino que impelida por la fiebre, llevada de su carácter romancesco, quisiese ahora dar una escena en pleno hospital, un paso novelesco que me llenase de ridículo y me obligase á salir avergonzado y furioso. . . . No; eso no era posible!

Y pensando en estas y otras cosas, mi vista se espaciaba por el mísero cuarto donde la hermana *lega* me había dejado. Me causaba grima el fijarme en aquellas paredes donde el papel-tapiz, viejo y mugriento, pendía aquí y allá en lamentables girones y desgaraduras por las que un alacrán trepaba majestuosamente en pequeños ziczacs, descansando á trechos con la seguridad de no ser incomodado; en aquellas sillas de paja medio desfondadas y polvorientas; en aquel Cristo de cabeza torcida, de boca inverosímil, de colores chillones que aparecía pintado en un lienzo de vara y media de alto. . . . ¡Pobreza, pobreza y miseria! Desaseo y desorden! . . . Era aquel cuarto locutorio, ó desván de trastos viejos? Por qué me hacían esperar tanto, cerca de quince minutos? Decididamente, eso ya pasaba de castaño á oscuro. . . .

¡Y aquella doña Delfina! Puf! Qué asco de vieja! Detenerme en media calle, con la mayor desvergüenza, ¿y para qué? Para preguntarme por el *estado de la Carlota*. . . . Qué sabía yo de ello? No la había pagado una cama de pensionista de primera clase? no la había enviado un médico de confianza? ¡Vieja hipócrita y desalmada! y cómo me entraron tentaciones de pegarla cuando, sin tón ni són, y con aire compungido, se puso á contarme la vida y milagros de su cuñada, á quien abofeteaba con una irritante conmiseración. . . . “Indudablemente el Sr. D. Juan sabría que la mala mujer habíase, á raíz de la muerte de la hija, metido á beata, para trotar de iglesia en iglesia, con el objeto, talvez, de tentar á los virtuosos ministros del Altísimo; cómo, al cabo de poco tiempo, ahorró el hábito de carmelitana y se puso á servir en las casas, hasta que expelida de todas partes volvió la cabra al monte. . . . Y el pobrecito Enrique que la había pretendido redimir aun á costa de su dignidad personal! Ah, todos ellos habían sido muy desgraciados por esa infortunada pecadora! Enrique, muerto desastrosamente; Alejandrino, muerto de consunción, con una enfermedad inexplicable y desconocida; y ella, Delfina, padeciendo del pecho y abrumada de pesares, al verse sola en el mundo y cargada de vergüenza por tal cuñada. . . . Ella, cierto, y pedía á Dios que le perdone si en eso había pecado, negaba á pies juntillos tal parentesco y afirmaba que nunca Carlota pasó de ser una querida del buenazo de su hermano; pero. . . . Que la habían dado una puñalada en una mala casa? Sí, ya lo sabía, aunque no extrañaba ni pizca el acontecimiento. ¡Si tenía que ser! . . . En fin, ella, la pobre hermana de Enrique, haciendo de tripas corazón iría á visitar á la herida. Le repugnaba; pero ¿qué hacer? ¡La caridad sobre todo! . . . .” Etcétera, etc.

¡Pícara vieja! Y con qué frescura me dijo, al despedirse, clavando en mis ojos una mirada inquisitorial y de reproche: “Ah, usted es también muy responsable ante Dios! Todos hicieron la

desgracia de ese pobre ángel!" El *pobre ángel* era Enrique . . . . ¡Valiente majadería! . . . Y con qué derecho, venía á echarme sermones la ridícula gazmoña? Acaso no sabía yo que ella no se había arrepentido de los hombres sino los hombres de élla? . . . —

Y al pensar en esto contemplaba cómo el alacrán, habiendo rodeado parte de la pared, subía penosamente por el cuadro del Cristo, clavando sus patas delgadas á lo largo de las piernas del crucifijo . . . Variando el tema de mis consideraciones, me engolfé en otros bien tristes pensamientos (¡Cuánto hacen cavilar la impaciencia de una larga espera y la proximidad de una sala de enfermos y agonizantes!)—He ahí un símbolo, me decía, viendo al alacrán sobre el Cristo.—¡El fanatismo interesado de los sacerdocios y las teocracias! Caricaturan un dios, y se encaraman sobre él, y le llenan de la baba de esas secreciones asquerosas llamadas soberbia, codicia, ambición, lujuria, mentira, ocio, intolerancia . . . . Y el pueblo sufre, el pueblo tiene miedo del alacrán, y sólo ve al dios al través de aquella baba . . . .

En ese momento abrióse la puerta del fondo, que conducía al interior de la casa, y en nombre y representación de la Madre Superiora, presentóse una hermanita joven y frescachona, de rubicunda nariz y mirada lánguida, quien excusó como pudo la inatención de aquella, y me dijo que ella, la reciénvenida, estaba de turno en la *sala de San Juan de Dios*, donde yacía la *mujer* que me había llamado.—“Ah! decididamente la pobre Delia estaba mal, muy mal, y eso que desde la noche que la trajeron habían pasado más de quince días! Según la opinión de los facultativos, la herida era gravísima, había comprometido órganos principales, pero el caso no era para desesperarse, porque de menos nos hizo Dios. Con un poco de tiempo y otro poco de paciencia . . . . Lo malo es que aquella naturaleza estaba viciada, profundamente viciada y debilitada, y eso retardaría la curación quién sabe hasta cuándo . . . . En fin que . . . .”—Y con los dedos entrelazados sobre el vientre, la vista baja, la voz trabajosa y lánguida, me iba diciendo que lo peor era que rehusaba confesarse la desgraciada, y que esto apenaba terriblemente á todas las hermanas de aquella *santa casa* . . . —“Por qué, ya ve usted . . . ¡una alma! Y qué alma! La oveja perdida . . . una pobre mujer recojida en barrizales inmundos . . . una pecadora moribunda sobre cuya cabeza está pendiente la espada de la justicia divina . . . .” La hermanita lo sabía: si la renitente Delia se obstinaba en no confesarse, tendría que abandonar el establecimiento, es decir, sería expulsada de él, sin que obste para esa expulsión su estado de gravedad. Las madres todas sentirían muchísimo verse obligadas á tomar una medida tan cruel; pero ¿qué hacer? no habían de dejar que el escándalo y el mal ejemplo cundan en *la casa* . . . —Y con los ojos fijos en la punta de los pies, los án-

gulos de la boca caídos, sobre el combado vientre las manitas blancas, gordas y sembradas de hoyuelos, procuraba dar á su fisonomía y á su actitud toda la expresión de la candidez más grande, del más blanco pudor; esfuerzo inútil, porque en su cara bonachona y regordeta, en la que brillaba el carmín de su arrezagada naricilla, no se dibujaba sino la santa expresión de una hipócrita imbecilidad.

—Si usted es pariente de la herida. . . .

—¡Yo! . . . .

—Sí, Señor: como es el único que por ella se ha interesado yo creía. . . .

—Y bien?

—Talvez usted pudiera convencerla de lo mal que hace resistiéndose á cumplir con su obligación de cristiana, ¡y en semejantes momentos!

—Soy yo el cura, reverenda madre?

—No, Señor; usted dispense; pero con esta clase de mujeres padecemos horriblemente cuando se trata de hacer que se confiesen, y hemos notado que, á veces, basta la voz de un amigo, un pariente, un paisano si son forasteras, para alcanzar sin mucha dificultad lo que nosotras no podemos.

—Pero si la enferma no va tan mal, no me parece el caso muy apurado.

—Verdad que desde ayer ha entrado en un período de calma relativa, muy relativa; pero la muerte es traidora, Señor, nadie sabe lo que puede suceder, y de un momento al otro puede venir la fiebre, declararse la crisis; y entónces, ¡una alma al infierno! Y esto no podemos consentirlo, á lo menos en esta casa que es un hospital y un convento.

—Perdone usted, madre; pero supongo que no me llamarían con tanto apuro para que venga yo á catequizar moribundas: ni es ese mi oficio ni á ello estoy dispuesto. Así que, si Ud. gusta, abreviemos este diálogo penoso que va haciéndose cada momento más difícil.

La salida era brusca; no lo niego; pero aquella mujer me fastidiaba.

La monja se inclinó en silencio, y haciéndome una seña de que la esperase un momento, desapareció rápidamente. Un minuto después, se presentaba la Superiora.

Me fuí al grano.

— Me han llamado en nombre de usted, reverenda madre — la dije — y he venido. No sé por qué me hacen aguardar tanto ni menos por qué la hermana que me recibió me ha hablado de que yo *convenza* á una enferma para que se confiese . . . .

— Perdone usted el celo de la hermana. Efectivamente algo

de eso entraba en nuestras intenciones al enviarle á decir que se molestase por acá, pero, en fin . . . . La herida de la cama número 18, á quien llaman Delia y Carlota de tal, es la que quiere hablar con usted, de cosas importantes, dice, y que descargarán su conciencia.

— La mía?

— No, la de la enferma.

— Entonces, tenga la bondad de conducirme donde esa enferma se halla.

— Por aquí, caballero.

A poco, guiado por la buena monja, entraba en una sala larga y estrecha, en la que los catres de fierro angostos y bajitos con colchones de paja y pobres colgaduras de gasa blanca, cada uno con su número encima, sobre el enyesado de la pared, se alineaban de un extremo á otro, en dos hileras, apenas separados unos de otros por el espacio de metro y medio, y dejando al centro el espacio suficiente para que pudiesen pasar con holgura y de frente dos personas.

Numerosas y estrechas ventanas mal defendidas con persianas pintadas de verde, recibían aire y luz del patio. En aquel lugar debía hacer un calor horrible á las dos de la tarde. Flotaban olores nauseabundos, especiales, como de botica, de carne en descomposición; olores de podredumbre y tisanas, revueltos con materias fecales, en una atmósfera más que pesada, espesa, que casi se mascaba. Sobre las cortinas cerradas y hasta sujetas con alfileres, negreaban bandadas, legiones, ejércitos de mosquitos que zumbaban desapaciblemente; y de trecho en trecho, de entre esas cortinas cerradas salían gemidos angustiosos, suspiros de fatiga, interjecciones mal sonantes, unos *Ay, Dios mío!*, que más que plegarias se asemejaban á maldiciones por el cansancio y la cólera con que eran pronunciados . . . . De vez en cuando, algún rostro demacrado, lívido, de hundida boca, encuadrado en una cableera desgredada y sudorosa, asomaba por la entreabierto colgadura, y unos ojos azorados y curiosos, en los que yo creía notar un destello de odio, se fijaban en el grupo de monjas que me conducía. (Se habían agregado dos ó tres á la madre Superiora).

Llegamos al número 18.

Confieso que no me dominaba emoción alguna, ni siquiera una mediana curiosidad: iba allá *porque sí*, casi por un deber de caridad.

Acercóse la Superiora y entreabriendo la colgadura, se inclinó sobre el lecho y murmuró con voz melosa un "cómo va, hijita", que no obtuvo más respuesta que un gemido medio ahogado.—"¿Quiere que le vuelva la almohada?"—prosiguió la monja, siempre con un mimo falso y gruñón.—Así! Cuidado con moverse mucho. Ya está aquí el caballero por cuya presencia tanto se ha interesado us-

ted. Vaya, puede usted hablar lo que guste, siempre que sea poquito y despacio. No hay que fatigarse, ¿eh?"

Y se retiró para hacerme lugar junto al lecho de la herida, diciéndome en voz baja: —“Si usted provoca en ella una impresión fuerte, la mata. Tenga prudencia”.

Al inclinarme, á mi vez, sobre la enferma, ví que los ojos de ésta seguían los movimientos de la monja con una mirada de odio, de rencor, la misma mirada que había notado en otros enfermos, al atravesar la sala. Luego se volvió á mí, y después de un instante de silencio, contemplándome con afán y con ternura, sacó trabajosamente una mano flaca y sudorosa, y dijo en voz apagada y triste.

—Has venido. ¡Por fin! Ah! Gracias!

MANUEL J. CALLE.

(*Concluirá*).

## LA SEMANA.

Sumario.—Misión frustrada.—Banderas negras.—La estación.—Notas.

Según leemos en los colegas de esta Capital, la misión Guidi ha fracasado.

Cuál es la causa?

Unos dicen que porque el Sr. Guidi no ha estado suficientemente facultado para llegar á un arreglo definitivo y satisfactorio con el Ecuador, y otros que por razones de exagerada susceptibilidad en el Enviado Pontificio, quien dizque ha asegurado no haber encontrado persona decente con quien entenderse, aserción injusta, ofensiva y antidiplomática que no creemos la haya manifestado ni sentido el dicho Sr. Guidi.

Pero, sea de esto lo que fuese, lo cierto es que las conferencias se han interrumpido: no han pasado de preliminares. Lo deploramos.

Ahora bien, ¿hubo firme y decidida intención en la Cancillería del Vaticano para arreglar de una manera leal y prudente los asuntos eclesiásticos en el Ecuador ó no lo hubo?

Si la hubo, y ya que no se envió al Sr. Macchi, que no es persona grata para el Ecuador, lo lógico y natural es que se invistiese al Nuncio de plenos poderes, á fin de que pudiese zanjar dificultades y arribar cuanto antes al fin apetecido.

¿No lo hubo? Pues ¿para qué se envió á nadie?

Parece que el Sr. Guidi sólo ha tenido poderes para exigir y exigir del Gobierno cosas inaceptables, por decoro ó por razones de política, y para negarse rotundamente á las proposiciones de nuestro Plenipotenciario, cerrando los ojos sobre el estado actual de los asuntos eclesiásticos ecuatorianos que necesitan de una pronta y radical reforma, según lo ha manifestado más que suficientemente la Prensa nacional.

Resultado: poco ruido y muchas nueces: al primer tapón, zurrapas.....

Se espera la llegada del Plenipotenciario pontificio, Mgr. Gasparri. ¿Dará este otro fiasco? Lo veremos.

De todos modos, creemos que en este difícil asunto debe comenzarse por el principio y no andarse en tanteos inútiles, de resultados contraproducentes.

Y para nosotros el principio son las cuestiones de patronato y jurisdicción, olvidadas ó festinadas las cuales no habremos adelantado nada.

Pedimos que se publique cuanto antes el protocolo de las conferencias entre los Sres. Cueva y Guidi, publicación hasta necesaria para justificar los procedimientos de nuestro Representante y las intenciones del Gobierno ecuatoriano.

\*  
\* \*  
\*

Las banderitas negras que algunos conservadores izaron en las ventanas de sus casas el día 4 de Mayo, en conmemoración de los sucesos de Riobamba de ahora un año, han dado mucho que hablar á periódicos liberales y terroristas, y no han faltado en unos y otros las intemperancias de lenguaje de uso y costumbre para discutir asuntos tan contenciosos y trascendentales como éste. Lo peor, que algún travieso fué y marcó, durante la noche, con cruces rojas las puertas de las casas donde tales banderas habíanse ostentado.

No hallamos, si hemos de hablar con franqueza, causa para la profunda indignación manifestada por los amigos del Gobierno, así como la demostración de las banderas negras la estimamos como un hecho simplemente ridículo.

Dejemos que la opinión se exprese en sus diversas tendencias, mientras no se vaya fuera de los límites marcados por la ley. El

respeto ó siquiera el disimulo de tales manifestaciones, la paciencia para sufrirlas, la calma para no mirarlas con malos ojos ni deshacerse ante ellas, cuando no en cosa peor, en eufemismos y ditirambos henchidos de odio y despecho, es dar á la oposición una válvula de seguridad, un tubo de escape, que garantice el equilibrio social. ¿Qué nos insultan? ¿qué nos amenazan? ¿qué se burlan de nosotros? ¡Paciencia! Razonemos ante el insulto, preparémonos ante la amenaza, seamos grandes ante la burla y el desprecio: no es este, por ventura, un buen término de polémica? Pero matad el periódico, tapad bocas que ladran y no muerden, coactad las conciencias, echad coces contra alfires, haced intervenir la policía en la opinión, y ya veréis como os estáis matando á pedradas las chinches que han asaltado vuestra epidermis: morirán las chinches; pero quedáis mal parados.

Y bien, nos reimos de las banderitas negras. Si cada cual tiene libertad de hacer de su capa un sayo, ¿no ha de tener para convertir el manteo en pabellón, la mantilla de la señora en estandarte, el pañolón de la doncella de servicio en signo de luto, en crespón funebre la gasa del sombrero de la niña? . . . . Dejadles, dejadles que se diviertan, oh vosotros que no sabéis ver el lado ridículo de la afanosa vida de la política palpitante y candente del Ecuador. . . .

Viniendo á otra clase de consideraciones, diremos que nos apena mucho esta mala costumbre de festejar ó llorar solemne y públicamente los acontecimientos de nuestros trastornos. ¿Qué laureles, qué triunfos, qué alegrías, si vencidos y vencedores se amparan bajo la sombra de un mismo pabellón, si los muertos son nuestros compatriotas, nuestros hermanos, si la única vencida en la contienda fatal ha sido la pobre Patria? . . . . Y vosotros que lloráis vuestros desastres como partido político, lloradlos en buena hora, pero suprimid el odio en vuestras lamentaciones, no queráis con ellas mantener vivo siempre y ardiendo el fuego de la discordia civil; dejad la protesta y la venganza para el día de la historia, si vuestros adversarios han pecado contra la civilización! — ¡Cuándo será el día en que venga el olvido de pasadas contiendas á cobijar con alas bienhechoras á los bandos enemigos: esas alas nos traerán el progreso, la paz, la unión, la verdadera libertad, secreto y cuna de nuestra futura grandeza! . . . .

\*  
\* \*  
\*

Pronto comienza el verano, si los días continúan tan serenos y despejados como en esta última semana. ¡Sea bien venido!

El señor Invierno se despide á lo grande, con aparato, hacien-

do una reverencia capaz de cuartar iglesias y tumbar campanarios y dar el susto padre á los habitantes de estas buenas provincias serraniegas, siempre amenazadas por los eructos y bostezos del Tun-gurahua, Cotopaxi, Pichincha, Sangay, Antisana y otros *temibles huéspedes* (?) como graciosamente dice cierto periódico quiteño.

Nos referimos al *movimiento seísmico* (vulgo temblor) de la noche del viernes al sábado.

Ahora, ¿para qué quieren ustedes que les diga yo á qué hora ocurrió dicho *seísmo*, cuánto duró, que clase de oscilación tuvo? Ya lo sintieron, ya lo aguantaron, ya pasaron el susto, y eso basta.

Sin embargo, para que quede constancia de un hecho digno de pasar al archivo de la *severa Clío*, diremos que dicho movimiento "ondulatorio, descompuesto en dos olas fuertes y de dirección Norte á Sur", tuvo lugar á las 12 h. 37<sup>m</sup> a. m., del día indicado, y que duró 45 segundos.

\*  
\* \*

Hemos recibido un pequeño folleto titulado PRODUCCIONES LITERARIAS DE DOLORES VEINTEMILLA DE GALINDO (16<sup>o</sup> IV + 30 pág.—Quito, Imprenta de la Juventud.—1898.)

Es una colección de las poesías de la Sra. de Galindo que hasta ahora han andado desparramadas en *Liras y Parnasos*. Contiene, además, el folleto dos composiciones casi desconocidas, de escasísimo valor, dos artículos en prosa, y la sentencia del Dr. Mariano Cueva, en virtud de la cual fueron depositados en sagrado los restos mortales de la suicida autora de *Quejas*.

Nada diremos acerca de la *Advertencia*, sino que está escrita con alguna corrección, aunque no es, ni con mucho, un juicio crítico de los versos coleccionados.

\*  
\* \*

#### NOTA FINAL.

Con cierto retintín y como burlándose de nosotros, entre otras ineptias, dice el *diario de la víspera* (el más grande y el más tonto de la localidad, como dijo el otro), que tenemos una manera muy *donosa* de escribir.....

Así será: pero lo que es Ud., en cambio, escribe sin gramática, sin sentido común..... y á veces sin dignidad.

Le duele, colega? Pues vuelva por otra.

BENVENUTO.